

Alejandro García Maldonado

Novelista premiado (*)

Hace apenas dos años el nombre de Alejandro García Maldonado puede decirse que no existía en el campo de las letras venezolanas. Y ahora de pronto, casi por sorpresa, logra escalar una de las peldaños de la fama, al triunfar en dos sucesivos concursos de novelas venezolanas. Primero fué escogida su obra "Uno de los de Venancio", como la mejor novela venezolana enviada al Primer Concurso Latinoamericano realizado por la Editorial Farrar y Rinehart, de New York. Y hace pocos meses, al otorgarse el premio "Simón Barceló" (creado por la Señora Clarisa Velutini de Barceló, en memoria de su difunto esposo), de nuevo resultó premiada la misma obra de García Maldonado.

Cuando a fines del año pasado llegaron de Chile a Caracas los primeros ejemplares de "Uno de los de Venancio", nos apresuramos a adquirir la obra, y fuimos anotando cuidadosamente las observaciones que en reposada lectura nos fueron ocurriendo. Posteriormente, con aquellas notas a mano, estudiamos más detenidamente esta novela zuliana. Vamos a exponer, sincera y libremente, el juicio que de ella nos hemos formado.

Han pasado ya los premios, los homenajes, los elogios y hasta los ditirambos, en torno al autor y a su obra. Consiguemos aquí, con toda franqueza, que mucho de lo que se ha escrito y se ha hablado, al rendir esos homenajes, tenían un tono tan característico de ligereza e insustancialidad, que daba la prueba más evidente de que o no se había leído la obra premiada o a lo sumo se le había dado sólo un vistazo superficial.

Nuestro juicio, ahora que han pasado todas las celebraciones de rigor, caerá en ambiente ya en calma, y no podrá tomarse como la actitud de quien viene a aguar la fiesta.

De lo que poco más arriba hemos afirmado se deduce que creemos que muy contadas personas han leído "Uno de los de Venancio". Primero, porque la obra es cara; segundo, porque es notablemente larga, absoluta y relativamente Ter-

ceró, y sobre todo, porque su lectura es en extremo lenta y pesada. Esta es la verdad llana. Pero se nos está acostumbrando a respirar tal ambiente de convencionalismo, y de mutuo engaño, en menesteres literarios, que se hace luego cosa violenta y casi diríamos descortés, el que alguien exprese su sincera opinión.

García Maldonado, hay que reconocerlo, ha realizado en su primera novela un trabajo empeñoso, y merecedor de alabanza. Ha extraído del fondo histórico de la vida turbulenta y episódica del cabecilla Venancio Pulgar, la figura de un coronel Miguel Herrera. Alrededor de la vida privada y pública de Miguel Herrera, —contada por él mismo en primera persona—, cítanse personajes y hechos, históricos algunos, que sirven para encuadrar más la obra dentro del ambiente de trastornos civiles que vivió el Zulia durante la segunda mitad del siglo pasado.

La persona de Miguel Herrera no alcanza a despertar ni interés ni menos admiración. El relato primero de los años juveniles no logra ofrecernos un sólo aspecto trascendente, ni en el carácter, ni en las aficiones, ni en los actos, de quien ha de ser el protagonista de tan largo

(*) Alejandro García Maldonado nació en la ciudad de Los Teques, Estado Miranda, el 24 de enero de 1899. Cursó estudios de Bachillerato en Caracas, en el Colegio Avelledo. Desde joven compartió con el trabajo de laborista ayudante de su padre, que era médico, su afición por la literatura. En 1924 publicó en Caracas un libro de poesías titulado "Campos de Artificio"; colección de cuadros y descripciones de tema llanero. Vivió algunos años en el Zulia, y en 1936 estuvo en Puerto Rico estudiando Química Sanitaria por orden del Ministerio de Sanidad. Allí combinó sus estudios con alguna labor periodística. Vuelto a Caracas colaboró con el diario "Ahora" con comentarios internacionales. Fué Presidente de la Asociación Cultural Femenina, y en la actualidad tiene la Secretaría de la Asociación de Escritores Venezolanos. Su primera y hasta hoy única novela es la que ahora nos ocupa: "Uno de los de Venancio". Pero tiene en preparación otra que piensa titular "Recintos Anónimos".

episodio. Y lo que es en su juventud, eso será Miguel Herrera durante toda su vida: un ser sin orientación, y sin ideal; incapaz de hacer su vida, sino a quien la vida lo trae y lo lleva; un ser que al final de su jornada, ruidosa y agitada, no deja en pos de sí más que esterilidad y tiempo perdido.

¡Es lástima que tanto trabajo de un escritor, haya tenido por objeto la vida sin provecho de un pobre hombre!

"Uno de los de Venancio" ha sido por dos veces premiada como una gran novela. Respetamos, cortesmente, el juicio de los miembros de los Jurados premiadores. Pero en nuestra opinión, el libro de García Maldonado, —aun reconociéndole como más arriba dijimos, el mérito de trabajo empeñoso—, no pasa de ser una novela de principiante. El abundante material allegado y preparado con asiduidad por el autor, ha sido simplemente ordenado en un extenso relato. Pero ha faltado la tarea más importante y por la cual se manifiesta la potencia creadora del verdadero novelista: trabajar la obra en conjunto, compactar y relacionar todos los elementos, de manera que entre todos ellos corra un solo aliento de vida, a la manera como ésta corre por los diversos miembros del cuerpo humano.

En "Uno de los de Venancio" casi lo único que salva el principio de unidad es el mero orden cronológico de los hechos. No obstante, hacia los últimos capítulos la actitud decidida de Miguel Herrera preocupado por salvar la vida de su esposa y de su hijito, y por defender su hato de "Los Guamitos", con las violentas y bárbaras consecuencias que se siguieron, dan a esta parte de la obra un poquito siquiera de esa otra unidad más íntima y consustancial: la que proviene del orden de los actos, al impulso de los afectos y pasiones humanas.

Faltando, pues, completa unidad artística, no es de extrañar que el relato se haga a veces de una lentitud tal que desafia la paciencia del lector. Pónese en estos casos más de relieve la falta de disciplina severa del escritor con respecto a su propia obra. Se llenaron páginas y más páginas. No hubo poda de mucha ramazón sobrante, ni reajuste definido de escenas, o aun capítulos enteros, dentro del cuerpo de la novela. A veces el laudable afán de hacer obra costumbrista, nos ofrece capítulos tan bien logra-

dos, —salvo en pormenores innecesarios—, como *La Pesca*, y *Regresión*; pero ambos han sido metidos en el libro, sin lograr amalgamarlos con el conjunto. Todavía desentona más el capítulo siguiente a los antes nombrados, y que se titula *Aventura*. El ambiente de la pulpería arrabalera de Tiburcio, está magníficamente bien descrito; hay pinceladas, —alguna hasta demasiado cruda—, que tienen cierto vago sabor perdiano. Pero el deseo de presentarnos a Miguelito Herrera como mozo valiente que sostiene un duelo a vera, en el que gana título y fama de guapo, no ha sido justificado dentro de la trama armónica que debe guardar la acción de la novela. Tampoco vemos, por esta misma razón, qué finalidad o qué justifica, en el capítulo *Fascinación*, aquel afán de Miguelito de entrarse selva adentro por la materia del viejo Toribio. Podríamos aún mencionar otros ejemplos semejantes de falta de cohesión íntima y artística entre capítulos aislados y el conjunto de la acción principal de la novela.

La forma de relato personal en primera persona, que el autor usa en todo el decurso de la novela, hace que se relegue a muy segundo lugar el empleo del diálogo. En las escenas relativamente escasas en que los personajes dialogan, la charla corre poco espontánea, y se ve interrumpida a la continua con explicaciones que el autor intercala, y que le restan a aquella movilidad y dramatismo. Nótase en especial la deficiencia de un buen diálogo en la culminante escena, bien preparada, en el capítulo *Revelación*, de la visita decidida que Miguelito hace a Los Guamitos en busca de la mujer que él cree responsable de la muerte de su padre. El encuentro con aquella mujer, que debía haber sido de un dramatismo poderoso, resulta pálido, incongruo, y no explicable en manera alguna por el solo hecho de la impresión y el atractivo puramente sensual que ante ella experimenta Miguelito. El fondo de esta escena, aun considerándolo equivocado e inverosímil, está exigiendo a veces un dialoguismo real y sincero.

Esta ausencia general de diálogo a lo largo de una novela de 380 páginas, (con un promedio de cuatrocientas palabras por página) produce un recargo excesivo de extensos capítulos de narración. Y no ha sido fácil, para un escritor primerizo como García Maldonado, lograr tal

arte narrativo que mantenga sin cansancio el interés del lector.

Por otra parte esta misma falta de destreza artística se observa en escenas esenciales para el hilo de la acción general, en las que resalta demasiado claro que un hecho ha ocurrido precisamente en la forma en que le convenía al autor de la novela; o mejor dicho, el autor hace que ocurran las cosas como él quiere, pero sin preocuparse no sólo de la naturalidad y espontaneidad que ha de mostrar el hecho, pero ni aun de la verosimilitud del mismo. La manera como Miguelito Herrera logra escaparse del calabozo donde lo mandó encerrar Sebastián Contreras (pg. 141); su fuga así mismo de a bordo del vapor de guerra "El Mariscal" (pgs. 192-193); la muerte del maute Marcelino (pgs. 211-212); los fáciles y desproporcionados triunfos referidos en los capítulos **Conflicto** y **Tempestad** (pgs. 302 y 322); la manera como sobrevive Rafael García, al final del capítulo **Crímen**, (pg. 280), son otros tantos ejemplos que pueden ayudar al lector a comprobar la exactitud de nuestra afirmación. Las soluciones ofrecidas en los pasajes citados más parecen de folletones de aventuras, para lectura de niños, que de novela premiada en público Concurso.

En contraste con lo que acabamos de expresar, recuérdese que más arriba hemos reconocido que hay ambiente muy bien logrado en capítulos como **La Pesca**, **Regresión** y **Aventura**. Podemos añadir, a manera de ejemplo, pinceladas tan bien dadas como la descripción del campo de Truquiflor, en el capítulo **Choque**; y en el mismo capítulo la escena del encuentro con la serpiente boquidorada; las descripciones, en el capítulo **Sierra**, de un pantano en la selva, y de un puente indio, de cuerdas. Semejantes demostraciones de prosa mejor trabajada y lograda, nos indican que si el autor limita más el plan de su trabajo y disciplina más la ejecución del mismo, sus futuras novelas harán olvidar pronto a la que ahora criticamos.

Digamos algo respecto de algunos de los personajes de "Uno de los de Venancio". Sentimos expresar paladinamente que tal vez el más endeble y deficiente de todos ellos es el protagonista Miguel Herrera. A quien le ocurriera extraer una por una sus diferentes manifestaciones psicológicas, tal como aparecen re-

gadas a lo largo de esta novela, se hallaría al fin con una colección ilógica, contradictoria y hasta anormal, que denunciaría su origen en un ser humano poco menos que monstruoso. Ahora bien, Miguelito Herrera no se nos presenta en la novela ni como un anormal, ni menos como un monstruo. Luego ha habido falta de estudio de su carácter, y de determinar —dentro de la inmensa variedad de manifestaciones de toda alma humana—, la línea de conducta que habría de observar, aun en las múltiples circunstancias de su azarosa vida. Usando de una paradoja, podríamos decir que el carácter de Miguelito es no tener ningún carácter. Aquí, como en el caso antes estudiado de las soluciones impuestas por el autor, también al protagonista se le impone la reacción psicológica que al novelista le conviene para seguir adelante en su relato. Miguelito está hecho, según parece, con una gran dosis de contradicciones (arriesgado - tímido; valiente-cobarde; previsor - inocente; suspicaz-imprudente; etc.); otra gran dosis de sensualidad, y una dosis también notable de crueldad. De esto último es testimonio suficiente el último capítulo de la novela. De su sensualidad a ratos puramente animal —sin el más leve matiz elevador— son prueba su actitud y sus reflexiones en presencia de Rosalía, la antigua concubina de su padre. En cambio, aquel soplo de amor inocente y digno, hacia la casta niña Lucía, que se inicia en los primeros años juveniles de Miguelito, no solo no logra triunfar jamás, sino que en el decurso de la novela aparece como traído por la fuerza, y sólo como un tema obligado que el autor no se atreve a dejar definitivamente sin ser injusto con la buena Lucía.

Conocido el carácter absurdo de que dota el autor a su protagonista, no son de extrañar las inesperadas salidas y actitudes que éste adopta. En el capítulo **Tragedia**, cuando por una equivocación, en un combate de armas, le matan a Miguelito el caballo que monta, llorando vivamente por la pérdida de su querido animal, dispara, de rabia, su pistola contra los de su propio bando y se pasa al bando contrario. Este es un ejemplo típico de la inconsistencia de su carácter. Observemos de pasada, que a lo largo de toda la novela hay un frecuente recurso al empleo de las lágrimas por parte del mismo protagonista; recurso que

en muchos de los casos tildaríamos con la consagrada expresión de "cursi".

Hay dos personajes secundarios que han sido un acierto de García Maldonado. La pintura que nos hace de aquel pobre mozo alcoholizado "El Bachiller", orador y charlatán empedernido; y la descripción y remedo de la charla del bobo "Boborote", merecen un aplauso que no regateamos.

Hay otros dos tipos igualmente bien definidos, pero cuya presencia en la novela no se justifica plenamente; nos referimos a "La Mielera" y "El Coriano".

El largo Hermócrates es otro tipo bastante bien logrado; pero por muchas vueltas que le hemos dado al tema, no hemos podido comprender exactamente cuál es la razón del influjo tan poderoso e indefectible que ejerce sobre Miguelito, no solo en su juventud, sino aún muchos años adelante.

No pudiendo ahora extendernos al análisis de otros personajes, añadamos sólo unas palabras más sobre el personaje de aguante de toda la novela: el "Padre Rodríguez". Es la víctima de todas las injusticias, de todas las falsedades y de todas las malacrianzas del autor. Se ha puesto especial empeño en acumular sobre el pobre clérigo todo cuanto en el orden físico, moral y social puede uno idear de repugnante y asqueroso. El autor creará que con ello ha puesto una pica en Flandes; y hasta ha tratado de mostrar su ecuanimidad al trazar unas cuantas frases de alabanza a la persona del otro clérigo Fray Serafin. Pero la torpe y enconada intención con que manifiestamente se lanzan los improperios contra el Padre Rodríguez, y lo pertinaz de esa actitud, abren los ojos al lector menos avisado, y corroboran una vez

más nuestra anterior observación de que el autor hace hablar y actuar a sus personajes como a él le conviene, pero sin disimular la burda trama. Soló que en el caso presente del sacerdote, no era la acción de la novela la que requería aquel trato infamante, sino tal vez motivos de un orden no literario que nosotros desconocemos.

Del estilo de García Maldonado se ha dicho que es detallista. Cuando por detallista se entiende el estilo que presenta detalles que el lector desconoce y no puede por sí sólo suplir, entonces ser detallista es una virtud. Pero no cuando se recarga la narración de detalles completamente innecesarios y que el lector conoce de sobra. Es evidente que mucho del detallismo de nuestro autor es de esta segunda clase.

Hay además una prodigalidad empalagosa en el uso de los adjetivos; y en general se observa ligereza de composición, en una prosa sin concisión y sin nervio. En veces hay algún anacronismo de lenguaje; y más frecuentemente hay impropiedad en el modo ultra culto de expresarse que tienen ciertos personajes completamente iletrados.

Tal es el juicio que la lectura y estudio detenido de "Uno de los de Venancio" nos ha merecido. Reconocemos y alabamos el esfuerzo que la obra supone en un autor primerizo. Pero creemos sinceramente que cierto afán inmeditado de alabanza por parte de algunos sectores, ha querido colocar el libro a demasiada altura. Y si éste fué considerado como la mejor novela venezolana de 1942, creemos, —respetando las razones del Jurado—, que el premio "Simón Barceló" debió declararse desierto.

Pedro P. Barnola, S. J.